

REF.
900
On 58h
V.12

STC-29-SEP-78.

D20
H5
V.12

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



2603

LA ÉPOCA DE LA RESTAURACION Y DE LA REVOLUCION

desde 1815 hasta 1851

POR EL DOCTOR TEODORO FLATHE

CATEDRÁTICO EN EL INSTITUTO DE SANTA AFRA EN MEISSEN

LIBRO PRIMERO

LA RESTAURACION

PARTE PRIMERA

EL PERIODO DE LIBERALISMO DEL EMPERADOR ALEJANDRO DE RUSIA

1815 - 1818

CAPITULO PRIMERO

LA SANTA ALIANZA

Acababa de verificarse, á consecuencia de la revolucion francesa y de las guerras que engendró, un cambio como no se habia visto otro igualmente general y trascendental en Europa desde la invasion de los bárbaros. Desde la embocadura del Tajo hasta el Volga, y desde el estrecho de Mesina hasta el confin septentrional de Escandinavia, habia quedado conmovido en sus cimientos el estado político de Europa; habia caido deshecho lo que habian creado los siglos, lo que por la edad y tradicion se habia creido indestructible y se miraba por lo mismo con veneracion como cosa sagrada. Una no interrumpida série de guerras, cada vez mayores, habia cambiado el centro de gravedad política en Europa, borrado las fronteras naturales, señalado nuevos derroteros y dado un aspecto nuevo á las relaciones internacionales pacíficas de los pueblos.

Mayor y mas trascendental que el cambio exterior político fué la trasformacion del espíritu nacional de los pueblos y del individuo. Sin quererlo y sin saberlo, el despotismo napoleónico, derribando y triturando todas las instituciones caducas, habia despejado el terreno para la nueva época encargada de realizar lo que buscaron los grandes genios del siglo pasado con sus lucubraciones teóricas, á saber: la libertad del hombre, el ensanche indefinido de su horizonte intelectual y práctico, y el poderoso desarrollo de la clase media y baja. Todas las fuerzas vivas que el déspota imperial habia tenido aherrojadas, principalmente el sentimiento nacional y el deseo de libertad política, renacieron con nuevo y mayor ímpetu al cesar la opresion despótica, y aunque rechazadas temporalmente se mostraron siempre de nuevo y con mayor energía. El deseo de los pueblos de formar cada uno una nacionalidad compacta y de tomar parte en la vida política por medio de un gobierno constitucional fué entonces tan potente é irresistible que constituyó el rasgo mas característico de todo el período siguiente, creando muy pronto conflictos con la doctrina del derecho divino de los soberanos, que estos trabajaban por vigorizar. Hubo convulsiones y aun conmociones violentas en Francia, y aunque la nacion francesa, vencida y cansada, habia tenido que renun-

RESTAURACION Y REVOLUCION

ciar á ser el árbitro del mundo, su influjo continuaba siendo en Europa tan grande que sus revoluciones interiores señalan las épocas de la historia universal.

La que vamos á describir no ofrece hechos titánicos como la que inmediatamente la precedió, en la cual cada paso de la historia resuena estrepitoso por todo el ámbito de la tierra. El silencio reemplaza al fragor de las armas, y los pueblos, exhaustos por los esfuerzos inmensos que han hecho, anhelan volver cuanto antes á entrar en la vida pacífica, dedicándose por lo tanto á sus trabajos materiales; pero pronto se despiertan tambien los elementos intelectuales, que empiezan á trabajar imperceptible pero tenazmente y con energía creciente é irresistible, formando el espíritu de la nueva era, en la cual la clase media lucha contra el absolutismo y la organizacion jerárquica y feudal de la sociedad, para conquistar el puesto que le corresponde por su creciente ilustracion, talento, laboriosidad y riqueza. La nueva paz es distinta de la de pasados tiempos, porque el progreso general, cada vez mas pujante é irresistible, se manifiesta en todos los ramos de la actividad humana. Las continuas y maravillosas conquistas de las ciencias se suceden sin interrupcion y dan origen á nuevas industrias, perfeccionando las existentes, facilitando las comunicaciones, desarrollando de un modo asombroso el comercio y proporcionando por consecuencia mayor bienestar, mayor elevacion intelectual y moral. De aquí la deseada trasformacion social, que á su vez engendra nuevos problemas que otras generaciones están llamadas á resolver.

El nuevo sistema político, obra del congreso de Viena, fué tambien cosa enteramente nueva. El ideal del equilibrio europeo quedó reemplazado por el de una alianza general de todos los países, bajo la direccion de las cinco grandes potencias de Europa, bien que por lo pronto no entró en este areópago la Francia, por continuar en cierto modo bajo la tutela de las grandes potencias continentales. El nuevo arreglo político suponía que los demás Estados de segundo y tercer orden se habrian de someter de grado ó por fuerza á las decisiones de aquellas potencias; de suerte que Europa debia constituir una sola familia bajo los auspicios de estas, que garantizaban á cada miembro el goce pacífico de sus respectivos derechos. Examinada de cerca esta obra, no era efecto de la concordia entre sus autores, sino un simple

recurso para encubrir la desconfianza, la suspicacia y la envidia que reinaban entre los soberanos interesados. Este no era tampoco ningun secreto para los políticos contemporáneos, de los cuales por cierto ninguno creyó que el arreglo del año 1815 duraría el tiempo que duró, es decir, cosa de medio siglo.

Entre las grandes potencias ocupaba sin competencia el primer puesto la Rusia, á causa de la impresion, vivísima todavía, que habia causado la destruccion del gigantesco ejército de Napoleon en las heladas llanuras del gran imperio del Norte, suceso que unido á las cualidades personales del czar Alejandro, á quien la Europa apreciaba y temia al mismo tiempo, dió á este soberano una aureola hasta legendaria, á manera de ángel exterminador que habia sabido precipitar de su inmensa altura hasta el abismo de la nada al Satan corso. El carácter y la índole de Alejandro ofrecian las contradicciones mas singulares; una melancolía mantenida por el recuerdo roedor de las circunstancias que le habian elevado al trono y una afición á los placeres llevada hasta el abuso; una amabilidad que le granjeaba todas las simpatías, unida á un egoismo calculador y siempre en acecho. Déspota caprichoso, queria pasar por filósofo humanitario y hacer la felicidad de los pueblos. Mostrando sumision humilde á las disposiciones de la Divina Providencia, no podia vivir sino en la embriagadora atmósfera de la adulacion, y engreido de su claro criterio, dejábase dirigir por otros. Metternich dijo que era una mezcla extraña de cualidades varoniles y de debilidades de mujer. En el tiempo de que hablamos predominaban en el carácter de Alejandro dos tendencias á cual mas contrarias, el misticismo y el liberalismo, hasta acabar de persuadirle que era, no ya un instrumento de la Providencia, sino el representante de Dios en la tierra.

La tendencia mística del emperador fué alimentada y desarrollada por la viuda del baron de Krüdener, diplomático ruso. Vióla Alejandro por primera vez en 1814 (en Postdam) cuando ella, que jamás habia podido jactarse de su hermosura, contaba ya 48 años; pero á falta de juventud y de belleza le impresionó tanto con su talento, conocimientos y carácter fantástico-místico-religioso, verdadero ó fingido, que la invitó al año siguiente con vivas instancias á que fuese á Paris. Allí la señora Krüdener le explicó los misterios de la religion y le indujo á hacer ejercicios ascéticos, como penitencias y oraciones. Estas prácticas hicieron nacer ó madurar en el alma contrita del czar, la idea de una santa alianza (1). Muy original fué el modo que empleó para comunicar este producto de sus ratos de éxtasis á sus aliados. Organizó una gran revista de sus tropas en la llanura de Vertus, con el objeto de impresionar con este espectáculo militar á los soberanos de Austria y Prusia que asistieron á él y de mostrarles otra vez los inmensos recursos del imperio ruso para que los tuvieran presentes en el próximo arreglo político, como los tuvieron, efectivamente, los dos soberanos. Concluida la revista, presentóles el czar el citado proyecto, escrito de su propio puño en estos términos:

«A consecuencia de los grandes sucesos de los últimos años, y muy especialmente en vista de los beneficios que la Divina Providencia ha concedido á los Estados que han puesto toda su confianza en ella, se han convencido los tres monarcas de la necesidad de dar por base á sus relaciones mútuas las verdades sublimes que nos enseña la religion del divino Salvador; y declaran solemnemente que el presente documento únicamente tiene el objeto de manifestar á la faz

(1) Eylert dice en sus *Rasgos de Federico Guillermo III*, que el mismo emperador Alejandro habia recibido la primera idea de esta alianza del citado rey de Prusia, á raíz de la batalla de Lutzen; pero esta noticia no se encuentra confirmada en ninguna otra parte.

del mundo entero su resolucion irrevocable de regirse solamente, tanto en el gobierno interior de sus Estados como en el exterior, por los principios de esta sagrada religion, de la justicia, del amor y de la paz. Obedeciendo á la Sagrada Escritura, que manda que todos los hombres se miren como hermanos, quedarán unidos (los tres monarcas) por el lazo indisoluble de la fraternidad verdadera, se mirarán como compatriotas y se auxiliarán siempre que se ofrezca ocasion; se conducirán como padres de sus súbditos y ejércitos, y los dirigirán con el espíritu de la fraternidad para proteger la religion, la paz y la justicia, á cuyo fin se considerarán solamente como los apoderados de la Providencia para gobernar tres ramas de una misma familia. Con esto demostrarán que un pueblo cristiano no tiene otro soberano verdadero sino Aquel que dispone del poder, porque solo en Él está el tesoro del amor y de la sabiduría. De consiguiente, recomiendan sus majestades á sus pueblos, con el cariño mas solícito, como único medio de disfrutar de esta paz, que se penetren cada dia mas de los principios y de los deberes que el divino Salvador ha enseñado á los hombres. Todas las potencias que proclamen estos principios serán admitidas con gusto en esta santa alianza (2).»

La comunicacion de este documento singular, en el cual se hace de la religion cristiana un instrumento de intrigas políticas, puso á los otros dos soberanos en el grave compromiso de ejecutar, aceptándolo sin consultar á ningun ministro suyo, un acto por demás anómalo. El rey de Prusia opuso poca ó ninguna dificultad, porque si bien repugnaba á su carácter adusto manifestar á la luz del dia, y mucho menos tan claramente como se hacia en este documento, lo que tenia en el corazon, le importaba mucho mas conservar la amistad del czar, indispensable para la conservacion de sus Estados completamente exhaustos y rodeados de vecinos envidiosos y enemigos. El emperador de Austria, cuyo ministro Metternich cuando hablaba de este documento solia hacerlo mofándose de él, hizo objeciones; pero tan viva y tenaz fué la insistencia del czar que accedió por condescendencia, y el 26 de setiembre firmaron los tres soberanos el pacto de la Santa Alianza, que en todo otro tiempo habria quedado en estado de proyecto á no haber reflejado en realidad el sentimiento dominante entonces, de cierta comunidad de intereses producida ya por la alianza militar contra Napoleon. Habia además en todos la fe en la intervencion de un poder superior en los destinos de la humanidad, poder tan terriblemente manifiesto en los grandes sucesos que entonces acababan de verificarse, y finalmente, existia en todos, grandes y pequeños, el anhelo vivísimo de disfrutar de paz. El czar, estaba, por otra parte, muy léjos de sospechar que su obra no fuese mas que una imitacion monárquica de las retumbantes frases de la revolucion francesa de tomar por única guia de su política la justicia, la paz, la libertad y la fraternidad. Los míopes y crédulos tomaron esta alianza por la aurora de una nueva época feliz, pero no se dejaron engañar los hombres de Estado, los cuales no podian ignorar que los pueblos son gobernados por leyes eternas que nada tienen que ver, á no ser como generadoras, con las prescripciones morales transitorias, que varían con la civilizacion, y que era una monstruosidad un pacto que pretendia que la moral individual de tres soberanos fuese la de los pueblos y de sus gobiernos. Invitada la Inglaterra á ingresar en la alianza por conducto de Wellington, este se excusó terminantemente con la constitucion política de su país, que no permitia á su gobierno contraer semejante compromiso. El papa se excusó tambien

(2) Este documento ha sido impreso muchas veces; la última vez en el *Recueil des traités conclus par la Russie, IV, 1, 45*; publicado por F. Martens.



Alejandro I, emperador de Rusia